

PAN: sin identidad ni futuro

Rodolfo Echeverría Ruiz

Las grandes pérdidas electorales del PAN se deben, entre innumerables razones, a la profunda desconfianza anidada en el alma de la mayoría ciudadana a propósito de muchos errores, tropiezos y tuteos, así como a la conmovedora impericia de los gobiernos provenientes de ese partido.

El PAN de hoy ha abjurado de sus señas de identidad, perdido como está en el laberinto del pedestre pragmatismo politiquero. Blandengue, capituló ante la derecha empresarial —de ella son disciplinados personeros no pocos de sus dirigentes actuales— y rindió la plaza de su doctrina a cambio de efímeras posiciones de poder en cuyo desbrujulado desempeño evidenció su carencia de sentido histórico —y, por lo tanto, de perspectiva de futuro— y su desconocimiento de las fuerzas reales, motoras y promotoras de los cambios en la sociedad mexicana.

Un panista decoroso, Calderón Vega, dejó testimonio de su rechazo a los desaprensivos litigantes adversarios jurídicos del Estado y a los abogados patronales violadores de la legislación laboral, todos ellos “militantes” oportunistas, voluntarios desconocedores de la genuina doctrina del PAN.

¿Y qué opinan miles y miles de honrados miembros de ese partido, quienes han entregado su vida entera a la cotidiana militancia efectiva, acerca de ese puñado de ex priistas, traidorzuelos de opereta, encaramados hasta las cúpulas del gobierno calderonista, de las empresas públicas, del propio PAN o de sus grupos parlamentarios, saltándose a la torera —sin el menor respeto a nadie y con la complicidad de algunos de los “históricos”— la abnegación y los sacrificios de mujeres y de hombres leales al partido fundado por Gómez Morín?

Dos azules muy verdes: al más genuino estilo del silvestre Germán Martínez, el redivivo mascarón de proa, César Nava —impuesto con calzador desde la enojona oficina presi-

dencial—, se abalanzó contra los gobernadores del PRI so pretexto del *mea culpa* —un decálogo de utilería teatral— elaborado por una comisión dizque severa y autocrítica. Ninguna palabra pronunció acerca de la hilarante impericia de los gobernadores, correligionarios suyos, de Morelos y de Jalisco, de Querétaro y de San Luis Potosí. Esos ejecutivos estatales hicieron perder al PAN el santo y la limosna (nunca dicho con mayor literalidad). Ni el PAN ni Calderón cuentan con un equipo de verdaderos operadores políticos.

Las palabras y los planes anunciados por Nava, al oír la palinodia cantada por una puritana comisión de falsos reformadores del PAN, son frases, sólo frases, transidas de acritud y resentimiento: sus farisaicos propósitos de enmienda son irrealizables. No reconocen los verdaderos problemas del PAN: la injerencia del clero político en su seno, los intrusos oportunistas acaparadores de un poder inmerecido, su obsecuencia ante la derecha económica y neoliberal, el suicida extravío de la doctrina originaria...

Tampoco se refirió Nava a la tenebrosa derecha yunquista —olorosa a sacristía—, adueñada como está de no pocas posiciones de mando en ese partido. Y ni por asomo aludió a las legiones de advenedizos infiltrados, los que navegan como “panistas”, los que, hasta hace poco tiempo, se solazaban en ostentarse como asépticos “ciudadanos” inmunes al “contagio” de los partidos políticos.

El hipócrita “decálogo” también guarda silencio en torno de los novatos personajes menores que han tomado por asalto altas oficinas públicas y provocado una cauda de corrupciones y pésima administración.

Si hoy, a 70 años de su fundación, prohombres como Gómez Morín y González Luna, Christlieb, Estrada Iturbide o Preciado Hernández —y no digamos Castillo Peraza— vieran las desgracias del PAN en estos días, urdidas a manos de los advenedizos, la derecha extrema y los priistas renegados, volverían a morir... pero de vergüenza.

Consejero político nacional del PRI

EL HIPÓCRITA
“DECALOGO” GUARDA
SILENCIO EN TORNO DE
LOS NOVATOS QUE HAN
TOMADO ALTAS
OFICINAS PUBLICAS

